

Rosario de Acuña

## 7/10. Entre Bastidores

### Poema original:

Sobre un peñasco inmenso y recortado  
 En agujas salientes,  
 En sus cimientos cóncavos bañado  
 Por el agua que arrastran dos torrentes,  
 Cuando la luna en el cenit se alzaba,  
 Hallábase la huérfana María  
 La noche de aquel día  
 En que su amor sin alma la dejaba.  
 Nadie supo jamás de qué manera  
 Pudo salir, de noche, de su casa;  
 No es extraño, si bien se considera,  
 Que en aquel sitio, siempre despoblado,  
 Resuelta el alma, el cuerpo acostumbrado  
 Á caminar por ásperos terrenos,  
 No se teme el andar por el terrado,  
 Y el saltar una tapia es lo de menos;  
 Ello fué que salióse de aquel nido,  
 Donde jamás halló calor ni amores,  
 Y, sola, triste, deshojando flores  
 De las que al paso hallaba,  
 Inclínada la frente sobre el pecho,  
 Silenciosa, y despacio, caminaba  
 Por un sendero estrecho,  
 Que al peñascar descrito la llevaba;  
 Allí paróse; el rostro alzó; la luna  
 Iluminó su frente; muy hundidos,  
 Húmedos de llorar, sin luz alguna,  
 Sus elocuentes ojos se veían;  
 Escuchemos aquello que decían,  
 Mientras fijaban trémula mirada  
 En las revueltas ondas del torrente,  
 Que en el profundo abismo se escondían  
 Para brotar después en mansa fuente.

.....  
 «¡Madrid!... ¡y allí el vacío y la tristeza  
 Donde quiera que vaya!... ¡Aquí, á lo menos,  
 Escucha mi dolor naturaleza!...

¡Mi dolor! ¡dónde está, si yo soy toda  
Dolor, desde el instante  
En que no miro el fuego de sus ojos!...  
¡Y no me quiere, no, ni aun para amante!...  
¡Y he de vivir!... ¡Error! tan sólo abrojos  
Me ofrece la existencia...  
Pero ¿y el cielo? ¿y Dios? ¿y mi conciencia?...»  
—Aquí se estremeció, tal vez de frío,  
Ó, tal vez, de mirar tanto al torrente  
Que suele estremecernos el vacío  
Cuando le vemos sin cesar en frente.—  
«¡Dios! ¡la conciencia! ¡el cielo!... ¡sin él nada!  
¿Para qué me ha servido la pureza  
De mi conciencia? ¿Para qué el anhelo  
Con que he fijado, siempre, la mirada  
En el azul espléndido del cielo?  
¿Para qué ese temor, pueril acaso,  
A un Dios que nunca hallé, ni vi tampoco?  
¿Qué conseguí, mientras gocé la vida?  
¡El escarnio y la burla ante mi paso!  
¡Hallar espinas por do quier que toco!  
¡Y, con el alma huérfana y herida,  
Hundirme, poco á poco,  
En un abismo de tristeza y llanto,  
Que desgasta las fuerzas de mi cuerpo,  
Y que lleva también al Campo-Santo!...  
Pues morir por morir, ¡venga la muerte,  
Y que, en vez de llevarse en mis despojos  
Un extraño armazón seco é inerte,  
Y unos marchitos y apagados ojos,  
Se lleve un cuerpo juvenil y fuerte,  
Y el brillante fulgor de una pupila  
Que, trémula de amores y de enojos,  
Con vivo fuego sin cesar vacila!  
Algo tengo que dar, la muerte sea  
La que recoja ese algo que la ofrezco;  
Y pues todos me dicen á porfía,  
Que vivir en la tierra no merezco,  
Por ser extraño ser, de extraña forma,  
Que vive sin igual entre los suyos,  
Y pues aquesto la razón informa,  
Con ejemplos sin fin, con experiencias,  
Dejemos á las otras existencias  
En este mundo suyo, que no es mío,  
Y hagamos para el alma  
El eterno vacío,

Donde es seguro encontraré la calma!...  
Y ¿el amor? ¡ay! ¡inútil es buscarlo  
Sin Fernando! ¡jamás hallarle puedo!...  
Él me mandó olvidarle,  
Tengo que obedecerle, y tengo miedo  
Que al encontrarse el alma sin su guía,  
Se pierda en un deshecho torbellino  
Y me arroje de lleno en el destino  
De ser loca que el mundo me auguraba!...  
¡No! ¡no quiero que acierte! ¡por lo menos  
Que una vez se equivoque en su sentencia,  
Y si de loca me trató algún día  
Que nunca lo confirme mi existencia!!»  
—Esto hablaron los ojos de María;  
La luna de esplendores rodeada  
Su órbita inmensa sin cesar seguía;  
Los soles del espacio  
Brillaban como chispas de topacio;  
Cantaba el ruiseñor en la enramada,  
Y un confuso vibrar de ayes y risas  
Brotaban sin cesar de la cascada.  
Después se oyó un suspiro prolongado,  
Un ¡ay!!... triste y profundo,  
Eterno adiós á nuestro bello mundo  
De un alma que partía  
Sin material dolor, sin agonía...  
Luego, como una masa informe, inerte,  
Sin espíritu ya, sin pensamiento,  
El cuerpo de María,  
Despojo hermoso que logró la muerte,  
Rodó, por los peñascos, al abismo,  
Mientras lejano el eco repetía:  
«¡¡No quiero, sin su amor, ni el cielo mismo!!»